

—¡Mira mamá...ya puedo tocar las ramas! —Le dijo Pedrito con vocabulario de niño mimado mientras estiraba sus cortos brazos para tocar, con sus propias manos, del árbol las flores de color rojo anaranjado que lo adornaban esa mañana de verano. Sin embargo, doña Altagracia hacía muy poco caso porque todavía seguía pensando, en su fuero interior, en lo que sería del matrimonio con el marido que Dios, o el destino, le había dado. Quizás por la relación entre su hijito y el Flamboyán, este también había llegado a ser amigo inseparable de “la doñita” —así se referían a doña Altagracia los vendedores ambulantes que le vendían cada día por la mañana la ensalada fresca que servía a su familia—. Ese árbol y la mantilla de colores que lo adornaba cayendo a su alrededor, traía a la memoria de la doña las horas que en silencio dedicaba a su iglesia. Este hermoso árbol fue también para doña Altagracia su compañero de soledad en los momentos más difíciles que vivió en ese apartamento.

Ella también experimentaba ese abandono rancio y añejado por el tiempo que le había dormido el razonamiento haciéndole creer que las cosas con su esposo algún día iban a cambiar; sin embargo todos sabían que don Gregorio no iba a cambiar mientras le quedara una sola gota del preciado líquido; tenía tantas queridas que los trescientos sesenta y cinco días del año no dejaban espacio para dárselo a la mujer que había embarazado veinticuatro veces, y que por obra de Dios o del destino, solo quince de esos veinticuatro embarazos sobrevivieron. En la tradición popular, don Gregorio era lo que dice “un verdadero semental.” —Un toro con la dificultad de simplemente llevar a cuesta responsablemente, aunque fuera de vez en cuando, los pesados granos que le colgaban... Él creía que “el verdadero macho” se acostaba con las mujeres para embarazarlas. Las pruebas eran las pobres criaturas que traía al mundo. El hombre fue tan fiel cumplidor de ese principio que siempre se repetía: —“Yo, donde pongo el ojo, pongo la bala.”

Y con esa filosofía dejaba abandonada una criatura en cada pueblo o rincón del país donde, para desgracia de las mujeres del pueblo, iba a trabajar.

—“Tardé mucho tiempo para alejarme”, —a veces se atrevía a pensar doña Altagracia, pero se resignaba a su falta de decisión afirmándose que no podía haberlo hecho antes con tantos hijos pequeños.

En ese día tan caluroso y después de más de treinta años de casada con don Gregorio, su punto de vista acerca del matrimonio seguía siendo el mismo:

—“Un pacto matrimonial es un pacto delante de Dios y eso no se rompe tan fácilmente,” —respuesta que solía dar cuando sus hijas le cuestionaban sobre su nivel de aguante; en esas ocasiones cuando afloraba el tema del abandono familiar por parte de su marido don Gregorio.

Aunque siempre mantuvo una actitud estoica frente a su situación, como mujer, tenía sentimientos. Por eso, ni los años, ni la resignación, ni aun el infernal compromiso de la unión matrimonial que llevaba al lado del padre de sus hijos, habían podido borrar el episodio que se dio en su vida durante el huracán, Ciclón San Zenón, que casi destruye el país en el año 1930.

En su mente todavía estaba fresco el episodio. Ese memorable día la brisa traía consigo un extraño silbido que se colaba a través de los dedos, hasta lo más profundo de sus oídos; parecía como si llegara al asiento de los pensamientos cuestionándola por algo que no se imaginaba. Como no era costumbre en la región, los vientos que traía el fenómeno atmosférico arrastraban consigo un olor a aire salino que se metía por los poros del asiento de los pechos, y abruptamente subían y chocaban contra la cara de la joven esposa de don Gregorio. Las fuertes brisas creaban una situación casi inaguantable. Parecía derrumbar todo a su alrededor. Y la mujer no sabía qué podía hacer.

Los árboles, como si estuvieran contemplando el desarrollo de un drama teatral, aplaudían con sus ramas meciéndose al son de los puñales de ráfagas que golpeaban y traspasaban las frágiles paredes de la humilde casa donde vivía con sus criaturas doña Altagracia. ¡La misma naturaleza parecía estarla castigando!

—¿Me lo merecía? —Rumiaba de vez en cuando en silencio, con temor de ofender a Dios, pero tratando de encontrar respuesta al abandono y a la soledad que le inundaba cada célula de su cuerpo en ese húmedo miserable día.